

Reflexiones, pensamientos e historias

16 de enero

Llevaréis al lugar elegido por Yahveh vuestro Dios para morada de su nombre todo lo que yo os prescribo: vuestros holocaustos y vuestros sacrificios, vuestros diezmos y las ofrendas reservadas de vuestras manos, lo más selecto de vuestras ofrendas que hayáis prometido con voto a Yahveh;

Dt 12,11

Sucede que el terreno sagrado y prometido donde se encuentra la mirada de Dios somos nosotros, no hay que buscar otro paraíso, no existe templo más sagrado. Y es que en ocasiones olvidamos de nosotros mismos; dejamos de lado nuestro cuerpo y nuestro interior, nuestro espíritu: la localía más importante de nuestro ser. Llegamos a ser tan radicales que nos tiramos al olvido y desestimamos nuestra propia esencia, y la de los demás nos pasa desapercibida, no nos importa. Pese a esta curiosa relación, las personas permanecemos juntas, ¿será qué nos necesitamos?, y ¿qué sucede cuando ya no nos necesitamos?

Pareciera ser que nos necesitamos. Empero, llegado el momento, cuando no tenemos necesidad de la otra persona, criticamos y rivalizamos, dejamos de valorarnos. Nos enemistamos al grado de olvidar que alguna vez emprendimos juntos alguna actividad; olvidamos que juntos podíamos lograr más, que éramos importantes el uno para el otro. Nos apartamos de nuestra esencia e interior y de la esencia e interior del otro haciendo realidad la sentencia que dice: el ser humano solo necesita al otro cuando le resulta útil y lo desecha cuando ya no es necesario.

Olvidamos que los seres humanos somos sagrados, que nuestra esencia, cuerpo y espíritu fueron otorgados por alguna razón y aquel mandamiento de “amaos los unos a los otros” es un recordatorio de que todos los seres humanos poseemos esta cualidad. Este mandamiento debe aplicarse no sólo a nuestros seres cercanos, sino a toda la humanidad. Por eso resulta alarmante que gocemos cuando alguien sufre. Lo hemos visto en la pandemia del COVID-19. No tenemos cuidado. Nos olvidamos mutuamente del otro y de nosotros. Como si deseáramos que el otro se enferme o enfermarnos.

Nos cuesta reconocer que, si tenemos el virus, debemos conservar distancia, porque otros pueden morir. En todo caso, “que solo sea yo el que muera mientras cuido a los demás”, este pensamiento sería amor puro y se remonta a la apreciación de lo sagrado que somos y en ese tenor deberíamos comportarnos, de lo contrario, haremos camino al exterminio de la humanidad, fundado en el egoísmo puro, en el olvido del otro y de nosotros. Cuida tu cuerpo y tu espíritu, son sagrados al igual que el cuerpo y espíritu de los demás, así nos encaminaremos a un futuro mejor.

Te cuido y me cuidas, porque ambos somos sagrados.

